

tía de Anjou. El duque de Milan, Luis Sforza, que había llamado y convidado al francés, le ayudó también mucho en su empresa, distraendo y quebrantando las fuerzas de sus contrarios. Además los italianos, en los años de prosperidad y sosiego que llevaban, habían casi olvidado el oficio de pelear, y se llenaron de asombro y de terror al ver descolgarse por sus fértiles campos la bien organizada infantería francesa, los cuerpos disciplinados y valientes de suizos, y sobre todo los grandes trenes de artillería, en que los franceses aventajaban entonces, no solo á los italianos, sino á todas las naciones de Europa. De modo que todo contribuyó á difundir la consternación y el espanto en aquellas regiones, y á facilitar á los invasores un triunfo y una conquista que de otro modo no hubieran podido obtener, al menos sin mucho tiempo y sin gran trabajo y sacrificio. El nuevo rey de Nápoles, Fernando II. príncipe joven, vigoroso y enérgico, que por su talento y su afabilidad era más querido de sus súbditos que su padre y su abuelo, el único que tenía disposición para haber resistido al francés, no halló quien le apoyara, porque encontró ya á sus pueblos aterrados y paralizados, y á pesar de sus esfuerzos no pudo evitar el general aturdimiento y desánimo, y tuvo que abandonar su corte sin disparar un tiro, y retirarse á Ischia y de allí á Sicilia (1).

(1) Es extraño que Prescott, al examinar en su Historia de los Reyes Católicos las causas de la fa-

bilidad de esta conquista, apenas haya apuntado sino las últimas de las que hemos espuesto, no toman-

Pero poco tiempo gozó el orgulloso conquistador las dulzuras de su triunfo. Entregado á una vida voluptuosa y afeminada, más propia de un joven disipado y licencioso que de un jefe de Estado y de un hombre político vejando inconsideradamente á sus nuevos súbditos; pensando más, él y los suyos, en saciar sus pasiones y antojos que en captarse las voluntades y en asegurar y conservar el nuevo reino; amenazando con la conquista de Sicilia, pero empleando los días y los recursos en frívolos pasatiempos, el insensato no advertía que se iba haciendo odioso á los napolitanos, ni conocía la aversión que inspiraba á los príncipes y potentados de Italia, ni veía el ruido de las tormentas que se estaban formando en el Norte, en el Occidente, y á las puertas mismas de sus nuevos dominios. En efecto, el disgusto y la exasperación de los napolitanos era tal, que volviendo los ojos al rey Fernando de España, le decían que si quisiera libertarlos de la opresión del francés con solo tres mil hombres que acudiese, todos alzarían por él banderas y se le entregarían con mejor voluntad que á otro príncipe alguno. Pero Fernando, que no había estado ni descuidado ni ocioso, además de las disposiciones tomadas para la defensa de Sicilia, proseguía otro plan más en grande, que era el de promover una gran liga de muchas potencias para dar al francés el golpe seguro y destruirle. Al efecto había

do en cuenta las anteriores, que á fluyentes y poderosas. nuestro juicio fueron las más in-

procurado confederarse con las casas de Austria y de Inglaterra, interesar al emperador y rey de romanos, negociando los matrimonios del príncipe don Juan su hijo con la princesa Margarita, y de su hija doña Juana con el archiduque Felipe, traer á su partido al duque de Milan Luis Sforza, haciendo servir á su objeto las quejas y el disgusto que éste tenia ya del francés, pesándole mucho de haberle llamado, hacer salir la república de Venecia de su calculada neutralidad, persuadir en fin á todos estos estados del peligro común que corrian mientras el francés continuára posesionado de Nápoles, de la necesidad de aunarse para expulsarle de Italia, y de la utilidad y la justicia de salvar la dignidad de la iglesia y la integridad del territorio pontificio, injustamente ultrajada aquella y usurpado éste por Carlos VIII.

Los embajadores empleados por Fernando é Isabel para cada una de estas negociaciones, correspondieron maravillosamente á los deseos y á las miras de sus monarcas, y todos dieron con su hábil y discreta política y con sus infatigables esfuerzos los mas lisonjeros resultados. Juan de Deza en Milan logró hacer entrar en la confederacion al duque Sforza: en Roma se avinieron bien con el papa Garcilaso de la Vega, señor de Batres, y su hermano: Antonio de Fonseca y Juan de Albion arreglaron en Worms los matrimonios de los hijos del emperador electo con los de Fernando de España, y Lorenzo Suarez

Figuerola era el alma de las conferencias que se celebraban en Venecia entre los futuros aliados. Estas conferencias se tenian de noche y con tal sigilo, que el mismo ministro de Carlos VIII., el sagaz Felipe de Comines, que residia en aquella ciudad, no pudo traslucir nada hasta que estuvo formada la liga. Realizóse, pues, la gran confederacion, que tomó el nombre de *Liga Santa*, entre los príncipes y estados de España, Austria, Roma, Milan y la república de Venecia, que apareció firmada por todos en 31 de marzo de 1495, y habia de durar por espacio de 25 años. Los capítulos públicos de la liga tenian por principales objetos, la conservacion de los derechos y dominios de todos los confederados, y señaladamente de la silla romana, y la cooperacion común á este fin, aprestando cada uno el respectivo contingente de tropas, hasta formar un ejército de 34,000 caballos y 28,000 peones, que se habia de poner inmediatamente en campaña: á España le correspondieron 8.000. En las estipulaciones secretas se contenia que el rey de Aragon emplearia las fuerzas que habia enviado á Sicilia para restablecer á su deudo Fernando II. en el trono de Nápoles; que cuarenta galeras venecianas atacarian las posiciones de los franceses en las costas napolitanas; que el duque de Milan los arrojaría de Asti, y cerraria los pasos de los Alpes para impedir la entrada de nuevos refuerzos de Francia, y que el emperador Maximiliano y el rey de España penetrarian por las fronteras

francesas. Los gastos serian de cuenta de los aliados (1).

Al propio tiempo, y atento á todo el rey don Fernando, daba instrucciones á Requesens y á Gonzalo de Córdoba sobre lo que habian de hacer en Sicilia, y cómo habian de ayudar á Fernando de Nápoles á recobrar la Calabria; enviaba tropas y capitanes á Perpiñan para asegurar el Rosellon y ocurrir á lo que por aquella parte sobrevenir pudiese, y estrechaba relaciones y pactaba tratos con el rey de Navarra para que en caso de guerra con el francés impidiese el paso de las tropas francesas á España por aquel reino, y si era menester se uniese y obrase con las fuerzas de Castilla. De modo que á todo y por todas partes se prevenia el rey Fernando con suma prudencia.

Tanta como fué la alegría que en toda Italia, y principalmente en Roma y en Venecia produjo la noticia de la Liga Santa, fué la turbacion que causó á Carlos VIII. y los franceses, haciéndolos salir del letargo en que los placeres los tenian sumidos. No temian ellos á los príncipes italianos á quienes con tanta facilidad habian vencido, sino lo que les amenazaba por España y Alemania. Comprendió Carlos que necesitaba tomar pronto un partido; y en la incertidumbre de si abandonaría el territorio conquistado, ó

(1) Giovin, Hist. sui temporis, lib. II.—Giannone, Istoria di Nápoli, lib. XXIX.—De la Vigne, Histoire de Charles VIII.—Philip. de Comines, Memoires, lib. VII.—Bembo, Istoria Viniziana, tom. I. —Guicciardini, Epitome, libro II. —Zurita, Hist. del rey don Fernando, lib. II. c. 3 á 6.

resistiria en él á los confederados hasta que le llegáran refuerzos de Francia, tomó el peor y mas indiscreto que podia tomar, que fué resolverse á dejar en Nápoles la mitad de su ejército, y emprender la vuelta de Francia con la otra mitad, quedando de este modo sin fuerzas bastantes, ni para asegurar su retirada, ni para mantener su nuevo reino. Mas no quiso abandonar aquella capital sin halagar su desmedida presuncion y sin satisfacer su codicia, con dos actos que acabaron de confirmar su vanidad pueril y de poner el sello á la fama de no distinguirse por la pureza. El primero fué su entrada pública en la ciudad (12 de mayo) con la diadema imperial en la frente, el cetro en una mano y el globo en otra, símbolos del universal poder, y cubierto de púrpura y armiños, regalando sus oidos con el dictado que se hacia dar de emperador (1). El segundo fué el despojo que hizo de las obras artísticas de mas mérito y de los objetos mas preciosos de escultura y arquitectura que decoraban aquella ciudad, para trasportarlos al Mediodía de la Francia (2); si bien estos objetos fueron luego apresados por una flota vizcaina y genovesa antes de llegar á su destino. Con esto el emperador á los ocho dias de su dramática coronacion salió de Nápoles (20 de mayo) sin haber conseguido del papa que le diese la investidura con tanta instancia solicitada, antes bien,

(1) De la Vigne, Hist. de Charles VIII. pág. 204.

(2) Bernaldez, Reyes Católicos, c. 140.

como le escribiese que pensaba pasar por Roma á fin de conferenciar con él sobre algunos asuntos importantes, el papa se retiró con sus cardenales á Orvieto, y desde allí á Perusa, dispuesto á pasar á Venecia en caso de peligro. Carlos en su retirada se detuvo solo dos dias en Roma: en Viterbo intentó tener una entrevista con el pontífice, mas no pudo lograrlo. Prosiguió, pues, su camino por Sena y Pisa, á través el Pó sin ser sentido, y tomó por trato á Novara. Al salir su ejército de los desfiladeros de los Apeninos, y á orillas del Taro, cerca de Fornovo, á cinco millas de Parma, se encontró con un grueso cuerpo de tropas venecianas; los suizos de Carlos atacaron vigorosamente á los soldados de la república, y los vencieron y derrotaron, con lo que pudo el francés continuar sin ser molestado su retirada á Turin. Allí entabló nuevos tratos con el inconstante duque de Milan, Luis el Moro, que dieron por fruto separarle de la Liga Santa. Por último, repasó los Alpes, y de vuelta á Francia se entregó de nuevo á una vida disipada y voluptuosa, olvidando á sus compañeros de Italia, y olvidando tambien su dignidad de rey y hasta sus ensueños de gloria.

A los cuatro dias de haber salido Carlos VIII. de Nápoles, llegó á Mesina, en Sicilia, despues de una penosa navegacion, el capitan español Gonzalo Fernandez de Córdoba (24 de mayo), enviado por los reyes de España para ayudar, en union con Requesens, á

Fernando II. de Nápoles á recobrar el trono de que le habian arrojado los franceses. Antes de dar cuenta de las famosas campañas de Gonzalo en Italia recordaremos algunos antecedentes de este ilustre guerrero que tan gran papel hará siempre en la historia.

Gonzalo Fernandez de Córdoba, hijo del rico hombre de Castilla don Pedro Fernandez de Aguilar, y hermano menor de don Alonso de Aguilar, tan famoso en las guerras de Granada, habia nacido en Montilla, Andalucía, en 1453. Habiendo recaido por la ley los bienes de su casa en su hermano don Alonso, Gonzalo no tenia otro patrimonio que su mérito y sus servicios. Estos le bastaron. En las guerras entre Enrique IV. y su hermano don Alonso, Córdoba abrazó el partido del infante, y Gonzalo se presentó en Avila enviado por su hermano á seguir y ayudar la suerte del nuevo rey. Muerto este príncipe, y cuando el voluble Enrique IV. intentaba negar á su hermana Isabel el derecho á la sucesion del trono por favorecer á la Beltraneja, Isabel, casada ya con Fernando de Aragon, llamó á Segovia á Gonzalo, que se distinguia y gozaba ya de gran crédito por sus prendas de cuerpo y de espíritu, por la gallardía de su persona, por su robustez y destreza en el ejercicio de las armas, en las cabalgadas y en los torneos, por la finura y dignidad en sus modales, por su liberalidad y ostentosa magnificencia en galas, en trages y en todos los actos de la vida, por la viveza y prontitud de su ingenio,

por su amabilidad y su conversacion animada y amena, cualidades que le hacian el mas recomendable y estimado de los jóvenes de su tiempo. En las guerras que Isabel tuvo que sostener con Portugal, el joven Gonzalo, que servia á las órdenes del gran maestre de Santiago don Alonso de Cárdenas mandando una compañía de 120 caballos, y que se distinguia de todos los guerreros por el gusto y brillo de su armadura, por el penacho de su yelmo, y por la púrpura que solia vestir, acreditó ya que su bizarría en los combates correspondia bien al lucimiento de sus armas, y en la batalla de Albuera mereció particular alabanza de su general.

Si en el principio de la guerra de Granada no desemeñó, en razon á su juventud, cargos eminentes, mostró valor y habilidad en cuantos lances se halló, señaladamente en Tajara, en Loja, y en Illora, llamada esta última el ojo derecho de Granada, cuyo gobierno se le encomendó, y desde cuya plaza hacia frecuentes y atrevidas escursiones, no dejando reposar á los moros granadinos. Cuando los cristianos se propusieron fomentar las escisiones entre los emires de Granada el Zagal y Boabdil, Gonzalo de Córdoba y Martín de Alarcon fueron los escogidos y enviados para este objeto, y la espulsion de el Zagal se debió á una estratagemata de Gonzalo. En el último período de aquella guerra, Gonzalo fué de los primeros que escoltaron á la reina Isabel cuando quiso acercarse á ver de cerca

á Granada, y en el asalto que dieron entonces los moros perdió Gonzalo su caballo, y hubo de costarle mas cara su osadía. Uniendo este guerrero la galantería al valor, la noche que consumió el fuego las tiendas del campamento cristiano, Gonzalo, al ver quemada la de su reina, envió inmediatamente á Illora por la recámara de su esposa doña María Manrique, é Isabel se quedó asombrada de la prontitud del servicio y de la magnificencia de sus ropas y de su menage. Por último Gonzalo por su talento y destreza, y por su inteligencia en la lengua arábica, tuvo la honra de ser elegido por sus reyes, en union con el secretario Hernando de Zafra, para ajustar con el rey Chico las capitulaciones decisivas para la entrega de la capital del reino granadino. Y entre las mercedes con que los monarcas premiaron á los conquistadores, cupo á Gonzalo una hermosa alquería con muchas tierras, y la cesion de un tributo que el rey percibia en la contratacion de la seda.

Terminada aquella guerra, seguia Gonzalo la corte de sus reyes, siendo el principal ornamento de ella. Isabel, con su natural penetracion para conocer el mérito de las personas, no cesaba de alabarle y recomendársele á su esposo como el sugeto mas apto para dar cima á las mas altas empresas, y Fernando lo reconocia asi tambien. Aquel aprecio singular de la reina pudo hacer sospechar á algunos cortesanos envidiosos si en sus preferencias á Gonzalo habria algo mas

que estimacion á las eminentes cualidades y servicios. Pero el tiempo y las costumbres puras y sin tacha de Isabel desvanecieron completamente su maliciosa sospecha, si la hubo, y ni entonces ni despues ha habido quien haya podido encontrar el fundamento mas leve en que apoyar aquel mal pensamiento. Ocurrió, pues, la invasion francesa en Italia, y Fernando é Isabel de comun acuerdo eligieron á Gonzalo de Córdoba como el mas á propósito para detener en su carrera al temerario invasor. Veremos si Gonzalo correspondió en Italia á las esperanzas de sus reyes ⁽¹⁾.

Cuando Gonzalo arribó á Sicilia, encontró allí á los dos monarcas desposeidos de Nápoles, Alfonso II. y Fernando II., padre é hijo. Este último, alentado con la liga veneciana, con la retirada de los franceses, y con el disgusto y la indignacion en que estos dejaban los pueblos, habia hecho ya un desembarco en la costa meridional de Calabria, auxiliado por el almirante español Requesens, y apoderándose de la plaza de Reggio. Allí concertaron el rey Fernando de Nápoles y Gonzalo de Córdoba un plan de operaciones, especialmente sobre la provincia de Calabria, donde el espíritu era mas favorable á la casa real de Aragon y al partido de España, y cuya abatida lealtad se habia reanimado con la presencia de su legítimo monarca y con la proteccion del español. Habia quedado de virey

(1) Crónica del Gran Capitan, c. 23.—Giovio, Vita Magni Gonzalvi.—Quintana, Vidas de españoles célebres, donde pueden verse mas pormenores de su vida anterior.

en Nápoles por Carlos VIII. el duque de Montpensier, príncipe de la casa real de Francia, mas ilustre por su estirpe que por su capacidad, y mas amigo de guardar el lecho que de las fatigas de campaña. No era asi el que mandaba las fuerzas francesas de Calabria: era éste el señor de Aubigny, caballero escocés de la ilustre familia de Stuart, general experimentado, valeroso y hábil, *el caballero sin tacha*, que llamaban sus contemporáneos ⁽¹⁾. Con este distinguido gefe tenían que habérselas Fernando de Nápoles y Gonzalo de Córdoba.

Las primeras operaciones del ejército siciliano español sobre Calabria fueron felices. El espíritu del pais les favorecia. Santa Agatha los abrió sus puertas. Seminara siguió su ejemplo, despues de haber sido hecho pedazos un destacamento francés que marchaba á guarnecerla. Fernando de Nápoles cometió la indiscrecion de mandarla despoblar contra el parecer de Gonzalo, y Aubigny conoció la necesidad de atajar el progreso de sus enemigos, y recogiendo sus fuerzas derramadas por la provincia, y llevando consigo la gente de los barones angevinos y al esforzado caballero Precy, uno de los mejores capitanes franceses, se apresuró á presentarles el combate cerca de aquella misma Seminara.

El prudente Gonzalo, que no tenia confianza en

(1) Brantome, Hommes illustres, tom. II.

las tropas sicilianas, que contaba con escasa infantería española, armada solo de espadas cortas y escudos, con poca caballería pesada, y con ligeros ginetes, muy propios para los combates de guerrillas, mas no para batirse en formal batalla con la veterana gendarmería francesa y contra las picas de la formidable falange suiza, no queria comprometer el crédito de su tropa, y se opuso cuanto pudo á que se aceptára la pelea. Empeñóse en ello obstinadamente Fernando de Nápoles, ansioso de acreditar su valor para con el pueblo que iba á recobrar, y tambien los principales caudillos italianos y españoles. Cedió por fin Gonzalo, aunque sin darse por convencido, y el éxito justificó lo fundado de sus recelos. En lo crítico del combate, los sicilianos, traduciendo por retirada una maniobra de los españoles, á que estaban acostumbrados en la guerra de Granada, diéronse á la fuga poseidos de espanto. En vano el rey Fernando trabajó esponiendo valerosamente su vida por rehacer á los fugitivos, poniendo en tal riesgo su persona, que, muerto su caballo, hubiera caido en poder del enemigo, si el soldado Juan Andrés de Altavilla no le hubiera prestado el suyo, cuya generosidad le costó la existencia. En vano tambien Gonzalo á la cabeza de sus pocos españoles hizo esfuerzos de valor por sostener el combate. Los franceses quedaron victoriosos.

Esta fué la primera accion en que Gonzalo de Córdoba tuvo un mando importante, y tambien fué la

única que perdió durante su larga y gloriosa carrera, y eso por haberse dado contra su opinion y consejo, lo cual hizo que lejos de disminuir creciera su reputacion militar. Afortunadamente para italianos y españoles el mal estado de salud de Aubigny no le permitió sacar el fruto que hubiera podido de su triunfo. Gonzalo se retiró á Reggio con cuatrocientas lanzas españolas, y el rey Fernando se volvió en una nave á Sicilia. Desde alli determinó ir á Nápoles, de donde le reclamaban con instancia y le llamaban con urgencia, embarcándose en la flota de Requesens, compuesta de ochenta naves de pequeño porte, y apresurándose á llegar antes que la noticia de la derrota de Seminara desalentara á sus partidarios. Empeñábase en llevar consigo á Gonzalo, pero éste lo resistió tenazmente, persuadido de que convenia mas al interés de ambos quedarse á sujetar la Calabria, pais harto parecido al reino granadino, y donde se proponia hacer á los franceses la misma clase de guerra que aqui habia hecho á los moros. El duque de Montpensier, que gobernaba y guarnecía á Nápoles con seis mil franceses, salió á oponerse al desembarco de Fernando; mas no bien hubo evacuado la ciudad, cuando los habitantes tocaron á rebato, tomaron las armas, degollaron los franceses que habian quedado, y abriendo las puertas á Fernando le recibieron en medio de frenéticas aclamaciones. ¡Tan exasperados los tenia el yugo de los franceses, y tan ansiosos esta-

ban de ver otra vez y dar de nuevo su obediencia á su legítimo monarca!

Montpensier logró conservar los dos castillos que defienden la ciudad. Pero estrechado allí por los habitantes, que desde las ventanas, torres y tejados arrojaban todo género de proyectiles sobre los franceses, se vió forzado á capitular, y aun antes del día prefijado para la rendición pudo fugarse por mar con dos mil quinientos hombres y retirarse á Salerno, donde tampoco se detuvo mucho: antes recogiendo cuanta gente pudo allegar se encaminó con ella á la Pulla, donde Fernando había acudido, con intento de comprometer á éste á una batalla decisiva. Rehusábasele Fernando hasta que contase con mas fuerzas; mas aun despues de reforzado con los venecianos, y casi equilibrados los dos ejércitos enemigos, no emprendieron ni uno ni otro acción alguna importante, como si ambos se temiesen igualmente; la campaña se prolongó con cierta languidez, y sin que hubiese sino hechos de armas parciales y sin resultado decisivo.

Entretanto Gonzalo de Córdoba justificaba con hechos positivos cuán acertada y-útil había sido su determinación de quedarse en la Calabria, puesto que poco á poco iba reduciendo y enseñoreando toda la parte del Mediodía. Rindiéronsele pronto las plazas de Fiumar de Muro, Calana, Bagnara, Terranova, Tropea, Maida y todas las fortalezas y lugares de los condados de Melito y de Nicastro, de grado las unas

y por combate las otras. Su dificultad era no poder guarnecerlas todas por falta de gente. Igual escasez experimentaba en punto á recursos de metálico para pagar sus tropas, embarazos que solian causar algun entorpecimiento en sus operaciones. De mil trescientos hombres de Asturias y Galicia que los reyes de España habían ofrecido enviarle, apenas llegaron á Italia trescientos, desarmados, desnudos, y en el estado mas lastimoso. Setecientos se habían vuelto á su país desde Cádiz, y el resto hizo lo mismo desde Alicante. Mas no por eso se interrumpieron sus triunfos, y Gonzalo siguió apoderándose de Cosenza y su distrito, de los condados de Montalto y Renda, del Val de Crato, de Crotona, de Lauria, de Laino, en una palabra, á fines de la primavera de 1496 tenía ya reducida toda la alta Calabria; escepto una pequeña parte en que se mantenía Aubigny, y parecia estar á punto de acabar de arrojar de la provincia á los franceses (1).

(1) Los pormenores de esta gloriosa campaña pueden verse en Giovio, Vita Magni Gonsalvi; en Guicciardini, Istoria d'Italia; en Summonte, Istoria di Nápoli; en las Memorias de Comines; en la Chronica del Gran Capitan, y en Zurita, Hist. del Rey don Hernando, lib. II.

Una de las sorpresas mas brillantes y de las mas importantes de Gonzalo en esta campaña fué la de Laino, pueblo situado al Nordeste de las fronteras de la Calabria Superior, en las riberas del

Lao, donde se hallaban gran número de señores angevinos con sus vasallos y con tropas francesas esperando reunirse con Aubigny. Gonzalo anduvo toda una noche por sendas ásperas y montuosas, hizo pedazos los montañeses que guardaban aquellas gargantas, especialmente el valle de Murano, al rayar el día entró de improviso en la plaza, cortó el paso y arrolló á los que acudían á la fortaleza, mató al gefe principal de aquella facción, Americo de San Severino, hijo del conde de Capacho, hizo

Lo admirable de tan brillantes resultados, que formaban singular contraste con lo poco que desde su entrada en Nápoles había adelantado el rey Fernando, sino es la desercion que se iba declarando en las tropas mercenarias de Montpensier, era el haberse obtenido con tan pocas fuerzas como las que contaba Gonzalo y con los mezquinos recursos que de Sicilia y de España recibía, tanto que dejaba de ocupar muchas de las plazas que se le rendían por falta de presidio con que mantenerlas. Favorecíale, es verdad, el mal estado de salud que seguía afligiendo y molestando á Aubigny, y la creciente desafección de los pueblos y de los barones calabreses á la dominación francesa; pero á lo que se debieron mas principalmente sus triunfos fué á la táctica y sistema de guerra que empleó allí Gonzalo, igual al que había aprendido en la escuela práctica de Granada; sistema nuevo y desconocido para los franceses, á quienes desconcertaban y aturdíán las rápidas correrías de los ligeros ginetes y aun de los infantes españoles, sus repentinos asaltos y sorpresas, sus fugaces retiradas, su continua movilidad, sus emboscadas y sus ardides para evitar los peligrosos choques con la pesada caballería francesa y con la formidable infantería suiza; sistema

prisioneros á Honorato de San Severino, al conde de Nicastro, y á otros doce barones y mas de cien caballeros, y envió presos los principales de ellos al rey Fernando.

La victoria de Laino fué la que acabó de dar fama á Gonzalo de Córdoba, y la que decidió mas de la suerte de la Calabria.

el mas acomodado al corto número de tropas que Gonzalo llevaba á sus órdenes, y á la naturaleza del terreno, en lo áspero, quebrado y montuoso muy semejante á las Alpujarras. Su política era tratar con dulzura á los pueblos que se sometían y escarmentar con rudo rigor á los que le hacían resistencia. En su virtud fueron pasadas á cuchillo no pocas guarniciones francesas, y aun de naturales pertenecientes al partido angevino. En todas partes hacia jurar fidelidad al rey de España y ponía alcaides de su mano.

Cuando en tal prosperidad llevaba Gonzalo su campaña, y hallándose acampado en Castrovillari, á la parte septentrional de la Calabria superior, recibió un llamamiento del rey Fernando de Nápoles para que fuese á unírsele en la Pulla. El motivo era el siguiente. El duque de Montpensier, que de Salerno se había retirado á aquella fértil provincia, se hallaba con el grueso de su ejército en Atella, ciudad situada al extremo occidental de la Basilicata, y cerca de Ripa Cándida, plaza fuerte defendida también por guarnición francesa. Fernando, que deseaba dar un golpe que pusiese término á aquella guerra, aprovechando el aliento que en sus soldados había infundido la esperanza de la ida del emperador Maximiliano á Italia, tenía bloqueado en Atella á Montpensier; mas ni él ni los cardillos de su consejo tuvieron por prudente aventurar la batalla sin el apoyo de Gonzalo de Córdoba, á quien por lo tanto se determinó llamar. Por

mas que el capitán español sintiera abandonar el teatro de sus triunfos, el rey Fernando insistió tanto en ello, que no queriendo ni desatender sus instancias, ni que por causa suya dejaran de realizarse los designios del rey, le fué forzoso partir, encomendando antes la guardia y defensa de lo conquistado al cardenal de Aragon y á otros capitanes de su confianza. Partió pues, Gonzalo (7 de junio, 1496) con 400 caballos ligeros, 70 hombres de armas y 1000 peones escogidos, y aunque tenia que caminar por tierra enemiga, no hubo obstáculo que no venciera; y tomando de paso fortalezas y lugares, siendo su mas poderoso auxiliar el terror que inspiraba su nombre, llegó al campo de Atella (24 de junio), donde parecia que todo el ejército le esperaba como á su verdadero general. Salieron á recibirle el rey de Nápoles, el legado del papa, César Borgia, y el marqués de Mantua, gefe de las tropas de Venecia. «Desde entonces, dice el analista aragonés, como si todos hubiesen acordado en ello, de un común consentimiento de los contrarios y de la gente del rey, le comenzaron á llamar *Gran Capitan*, y asi parece que se puso en el instrumento de la concordia y asiento que se tomó con los enemigos en el mismo lugar de Atella (1).»

(1) Zurita, Rey don Hernando, lib. II. c. 27.

No todos están acordes en que se diera por primera vez en esta ocasion á Gonzalo de Córdoba el título de *Gran Capitan*. Entre otros

Quintana indica y parece dispuesto á creer habersele aplicado ya este glorioso sobrenombre en la guerra de Granada y cuando estaba de gobernador en Illora. Abarca da á entender que se le conce-

La presencia de Gonzalo reanimó al rey Fernando y á los demas gefes, y haciéndolos salir de su irresolucion y de sus vacilaciones, al instante ofrecieron á los enemigos la batalla, que ellos rehusaron. El Gran Capitan, vista la disposicion del sitio, que halló bien dispuesto, emprendió aquel mismo dia la operacion de destruir unos molinos que surtian de harina á la poblacion, sin que le arredrara un cuerpo de piqueros suizos y de arqueros gascones que Montpensier destacó para impedirlo. Dividiendo despues su caballería en dos trozos, y colocándola convenientemente para que protegiese la infantería, llevó sus soldados al combate. Los gascones huyeron sobrecogidos de espanto, y los suizos, lejos de conducirse con su intrepidez acostumbrada, se batieron flojamente y se fueron retirando á la ciudad. Gonzalo destruyó los molinos, estrechó el cerco, menudeó los combates, marchó al asalto de la fortaleza de Ripa Cándida, dejó á los

dió al tiempo de su embarque á Italia. Sobre parecernos inverosímil la primera asercion, tampoco viene bien con lo que se desprende de los historiadores italianos contemporáneos, tal como Giovio, que empieza á dar á Gonzalo este epíteto desde su ida á Atella.

Guicciardini intenta descubrir en la aplicacion de aquel renombre algo de jactancia española: «cognominato (dice) dalla jattanza spagnuola il Gran Capitano.» Mas como advierte bien Zurita: «como no llevaba otro título de estado, y él se contentaba con el

que era propio y tan conocido en la casa de Aguilar, de *Gonzalo Hernandez de Córdoba*, y fuese por general de tan grandes príncipes, y en su persona representase todo lo que fué, generalmente vinieron á conformarse los mismos estrangeros en darme este renombre, sin que fuese usurpado por los de nuestra nacion: y asi pueden honestamente confesar haber sido solo en aquellos tiempos el que mereció esta nombradía á cabo de muchos siglos por un consentimiento general de las gentes.»